

se ha de recuperar. Teme cuando recibieres la gracia santificante, teme cuando la perdieres, y teme cuando la recobrases. Cuando la recibieres, teme, no sea que la conserves ociosa, según aquella amonestación del Apóstol: «*Reparad, no sea que recibáis en vano la gracia de Dios.*»

Si la gracia se apartare de ti, teme mucho más; porque allí donde te falte la gracia, allí mismo faltas tú. Sobre todo, teme cuando no te apresuras á recobrar la gracia, porque entonces te falta tu custodia, y caerás desastrosamente. En una palabra, teme á Dios en todo tiempo, y de lo íntimo de tu corazón, pues si temieres al Señor plena y perfectamente, recibirás en premio el sabor de la caridad, y con la caridad á Dios y á todos los bienes. ¡Oh temor santo de Dios! ¡cuántos beneficios produces!

¡Bienaventurado el hombre que teme á Dios! ya porque el temor de Dios expele todo pecado; ya porque el temor es el principio del amor y sin él nadie puede ser justificado (Eccles., I, 27); ya porque el Señor hace la voluntad de los que le temen (Psal. CXLIV, 91); ya porque á los que temen á Dios no le ocurren males; ya porque el mismo Dios los favorece en sus tentaciones (Eccles., XXXIII, 1); ya porque recibirán la bendición del Señor en los últimos instantes de su vida (Eccles., V, 13); ya, finalmente, porque *el temor de Dios es un paraíso de bendición* (Eccles., XL, 28).

Hermanos míos carísimos: atended, yo os ruego, á la mente del Apóstol en la Epístola de este día. Atended cómo exhorta á los fieles de Corinto, y con ellos á todos los cristianos, para que caminemos en temor santo de Dios, poniendo por ejemplo los hebreos, ingratos al Señor, cuyo castigo es amonestación y enseñanza para los fieles de Cristo. Atended cómo las penas impuestas por el Señor á aquel pueblo rebelde, no fueron otra cosa que figuras ó tenues lineamentos de las terribles que nos aguardan á nosotros, si nos apartamos del temor de Dios. Atended que de seiscientos mil Israelitas que transitaron por el desierto, colmados de beneficios divinos, sólo entraron en la tierra de promisión dos, Josué y Caleb; y que esto aconteció para enseñanza nuestra, para que aprendamos á temer á Dios, para que andemos vigilantes y oremos, y negociemos nuestra salvación con miedo y estremecimiento. Atended que son innumerables los motivos que nos están como dando voces para que temblemos delante de Dios ante la posibilidad de ofenderle. Atended que aun las almas más santas se ven en la imprescindible necesidad de temer á Dios, tanto más cuanto mayores fueren los dones recibidos. Atended que el que teme al Señor tendrá en su

casa gloria y riquezas, y su justicia subsistirá por los siglos de los siglos (1). Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo X después de Pentecostés.

De los dones de Dios á los hombres.

AMADOS hermanos míos: El fin que la Iglesia nuestra Madre se propone en la Epístola de la presente Dominica, es darnos á conocer los dones gratuitos que el Señor otorgó á los fieles cristianos en la naciente Iglesia, y el abuso que ellos hicieron, á fin de que nosotros, aleccionados con aquel ejemplo, abramos los ojos del entendimiento, y comprendamos que somos aún peores que ellos por nuestra ingratitud y olvido de Dios. Oigamos cómo se expresa el grande Apóstol escribiendo á los fieles de Corinto. Dice así:

«*Hermanos: Sabéis que cuando erais gentiles os dejabais llevar de los ídolos mudos (esto es, de las instigaciones del diablo); por tanto, os hago saber que ninguno que habla por Espíritu de Dios dice anatema á Jesús; y que nadie puede decir Señor Jesús sino por el Espíritu Santo. Hay repartimiento de gracias; mas uno mismo es el Espíritu. Hay repartimiento de ministerios; mas uno mismo es el Señor. Hay repartimiento de operaciones; mas uno mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos. Y los dones del Espíritu Santo que se manifiestan en lo exterior son dados á cada uno para utilidad (de la Iglesia). Uno recibe el don de hablar con sabiduría; otro el don de hablar con ciencia; otro la fe (ó sea, gran confianza en Dios); otro gracia de curar los enfermos; otro el don de milagros; otro el de profecía; otro el de discreción de espíritus; otro el don de lenguas; otro el de interpretarlas; mas todas estas gracias son obradas por un solo y único Espíritu, repartiendo á cada uno según le place.*» (I Corint., XII, 2 al 11.)

(1) Gloria et divitiae in domo ejus; justitia ejus manet in saeculum saeculi. (Psal. CXI, 3.)

Tal es la Epístola de hoy, amados míos, y como ella especifica algunos de los innumerables beneficios de Dios hechos á los cristianos, intento mostraros ahora dos cosas:

- 1.ª La importancia de los dones de Dios á los hombres.
- 2.ª Su variedad y su número.

PUNTO 1.º

IMPORTANCIA DE LOS DONES DE DIOS

Dios nuestro Señor, carísimos hermanos, es la bondad por esencia y bondad infinita; su oficio propio es comunicarnos sus perfecciones divinas, ó sea hacernos todo el bien posible, según nuestra naturaleza y las disposiciones de nuestro espíritu para recibirle. San Pablo le llama *Padre de las misericordias* (1), porque no cesa un punto de derramarlas en nosotros, y porque su naturaleza es causa y origen del bien. Todo lo bueno que se halla en nosotros de Él viene, y somos de tal condición que sin Él nada podemos hacer. *«Sine me nihil potestis facere.»*

Pues bien; el Apóstol, cimentado en esta verdad, comienza nuestra Epístola indicando la necesidad que tenemos de la gracia de Dios, tanto para evitar lo malo como para hacer lo bueno. *«Antes (dice á los de Corinto) erais gentiles y os dejabais llevar de los ídolos mudos. Por tanto, os hago saber que ninguno que habla por Espíritu de Dios dice anatema á Jesús, y que nadie puede decir Señor Jesús sino por el Espíritu Santo.»*

¡Hermosa advertencia para todos aquellos que se olvidan de lo que han sido y de la gracia insigne que el Señor les ha otorgado al llamarlos al cristianismo! Todos hemos nacido en pecado, hijos de ira, esclavos del demonio y con el alma muerta por la culpa original. ¿Qué hubiera sido de nosotros si el Señor no nos hubiera hecho la gracia de nacer de padres cristianos, y de haber sido bautizados, amamantados y educados por nuestra santa Madre la Iglesia? ¡Oh! indudablemente seríamos tal vez peores que aquellos pueblos gentiles, adoradores de los ídolos, ó sea de las estatuas mudas que ellos mismos se habían forjado, considerándolas en sí mismas como divinidades verdaderas; tributáramos culto y adoración á los falsos dioses hechos por nuestras propias manos; desconoceríamos la

(1) Pater misericordiarum. (II Corint., I, 3.)

persona augusta, excelsa y adorable de Nuestro Señor Jesucristo; quizá tendríamos odio y aborrecimiento á su divino nombre; camináramos ciegos por las ignominiosas tinieblas del paganismo, y por consiguiente, seríamos esclavos de nuestras pasiones, del pecado y del infierno. ¡Cuántas gracias tenemos que dar á Dios por habernos librado de tan espantosa y terrible desdicha!

Estábamos, amados míos, en la cautividad del demonio, y el Verbo de Dios, Dios mismo, vino á visitarnos y á ofrecernos su gracia, con la cual quedaron rotas nuestras cadenas, y descornado el velo de nuestros errores, y fuimos iluminados en nuestro espíritu, y hechos hijos de Dios y herederos de su Reino. *«Nadie — añade San Pablo — que hable por Espíritu del Señor dice anatema á Jesús.»* Es decir, nadie que haya sido iluminado con los eternos fulgores del Verbo en el Santo Bautismo, y que conserve en su alma el Espíritu de Dios puede hablar implamente contra su divina persona, ni contra su moral inefable, ni contra los deberes de justicia y de caridad que su sacrosanta Religión impone. (*Nemo in Spiritu Dei loquens dicit anathema Jesus.*) Si hay cristianos apóstatas que blasfeman de Jesucristo es porque antes han arrojado de sí su divino Espíritu.

«Pero es más — añade el mismo Apóstol; — ninguno puede decir Señor Jesús sino por el Espíritu Santo.» (Vers 3.) Esto es; ninguno puede decir Señor Jesús con afecto piadoso del corazón, cual conviene para salvarse, ni creer y confesar que Él es nuestro Dios y Señor á no ser movido por el Espíritu de Dios; porque la fe, la esperanza y la caridad proceden del Espíritu del Altísimo y no de otra parte.

Por consiguiente, es regla fácil y segura para conocer con qué espíritu hablan los hombres, atender á cómo se expresan acerca de Jesús. Si se les ve que en sus conversaciones hablan pronta y constantemente y con veneración del divino Salvador, confesando que es *es Hijo de Dios vivo*, Redentor del humano linaje, y por consecuencia, Rey de reyes y Señor de los señores, á quien se debe entera y pronta obediencia, entonces no se puede dudar, hablan con buen espíritu y sus labios son movidos por el Espíritu Santo.

Si, por el contrario, se nota que en sus palabras ó en sus escritos traen y llevan el nombre de Jesús con poca reverencia, ó que le elogian considerándole sólo como un gran filósofo, como un gran sabio y no como Dios verdadero; tales hombres, aunque expresamente no le execren ni blasfemen, son perversos y su espíritu es maligno; hablan movidos de Satanás; porque á Cristo nuestro Se-

ñor se le ha de considerar siempre como *Hijo de Dios, como Dios y hombre verdadero*, como mediador entre Dios y los hombres, como Señor de cuanto tiene ser, como Redentor y Salvador del mundo, como fundamento único de la única verdadera Religión, sin que pueda ponerse otro fundamento, como expresa el mismo Apóstol en el cap. III y verso 12 de esta misma Epístola.

Reparad bien, cristianos míos, cuál sea vuestro espíritu, si es el Espíritu de Dios, ó el espíritu maligno; reparad cuál sea el espíritu de las personas que os rodeen, para huir de todo el que no hable y obre según el Espíritu del Señor; reparad que antes del Bautismo éramos esclavos de Satanás, y que después hemos recibido el Espíritu Santo en las aguas bautismales; reparad que desde entonces fuimos hechos templos vivos de Dios, templos fundados en Cristo nuestro Señor, templos en los cuales se complace en morar el Espíritu Consolador; reparad que este es un don sobre todo don, fuente de todos los dones, que por diversos modos y para diversos fines otorga el Señor benigno á todos los cristianos, según su divino beneplácito, además de aquellos auxilios, gracias y luces particulares que todos habemos menester para salir triunfantes de los enemigos de nuestra alma que se levantan sin cesar para perdernos.

Es decir, que teniendo por fundamento el Bautismo, Dios nuestro Señor reparte benigno dones especiales á cada uno de los cristianos, gracias *gratis datas*, encaminadas al bien de los demás fieles de la Iglesia, sin que ninguno pueda gloriarse en ello, porque todo don perfecto viene de Dios, que es el que *obra todas las cosas en todos y para bien de todos*. Esto es lo que denota San Pablo en lo restante de nuestra Epístola, como ahora os diré. Ruégoos, amados míos, que fijéis bien en ello vuestra atención; seré compendioso y breve.

PUNTO 2.º

VARIEDAD DE LAS GRACIAS DIVINAS

«Hay — dice el Santo Apóstol — muchas especies de gracias.» —
(*Divisiones gratiarum sunt*. Verso 4.)

Hay gracias *habituales* y gracias *actuales*.

Gracias *de entendimiento* y gracias *de voluntad*.

Gracias *prevenientes* y gracias *subsiguientes*.

Gracias *suficientes* y gracias *eficaces*.

Gracias *interiores* y gracias *exteriores*.

Gracias *personales* y gracias *comunes*.

¡Cuántas gracias! ¡Cuántas misericordias de Dios! ¡Cuántos medios para salvarnos! (1).

Llámase primeramente GRACIA HABITUAL, ó SANTIFICANTE, á cierto hábito ó cualidad sobrenatural infundida por Dios en el alma, y que en realidad la justifica, haciéndola al mismo tiempo amiga suya, hija adoptiva y heredera del cielo. Esta es la gracia de las gracias, y mediante ella recibe el alma otras muchas también habituales y sobremanera valiosas, á saber: las virtudes sobrenaturales de la fe, de la esperanza, de la caridad y otras innumerables que acompañan á la justificación; los siete dones del Espíritu Santo y las ocho bienaventuranzas de donde proceden tantos y tan hermosos frutos espirituales. Y llámense habituales estas gracias, ya por que residen en el alma á manera de hábito ó cualidades, ya por que son consecuencia de la habitual y permanente morada de las tres divinas personas de la Santísima Trinidad en el alma del justo.

A todo esto, con ser tan sublime y magnífico, añade el Señor otras gracias llamadas ACTUALES, que consisten en ciertos auxilios sobrenaturales, propios para excitar y mover el alma á la práctica de las virtudes cristianas.

Hay, por lo tanto, gracias *de entendimiento*, las cuales disipan nuestras tinieblas, aclaran nuestras dudas y nos hacen ver nuestros deberes para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos.

Hay gracias *de voluntad*, que la excitan y mueven y ayudan á cumplir los deberes que la razón, ilustrada por la fe y por la luz divina, impone.

Hay gracias *prevenientes*, llamadas así, porque son ciertos toques interiores y secretos, ó ciertas pías mociones que nos previenen inspirándonos el pensamiento del bien y el deseo de hacerle.

Hay gracias *subsiguientes*, es decir, que vienen en pos de las primeras, y que nos sostienen en la práctica del bien, impulsándonos además á dar gracias á Dios, porque nos ha dado su auxilio para hacerle.

Hay gracias *suficientes*, con las cuales puede realmente el hombre evitar lo malo y practicar lo bueno, de tal suerte, que cuando pecamos es por culpa nuestra, y nunca porque nos haya faltado este auxilio del Señor; porque *Dios es fiel y jamás permite*

(1) La gracia en general la define Santo Tomás, diciendo: «Est qualitas quaedam supernaturalis, qua anima ad consequendam beatitudinem supernaturalem promovetur.» (1.º 2.º q. 110, art. 2.)

que seamos tentados más allá de lo que alcanzan nuestras fuerzas, y cuando manda una cosa siempre da su auxilio para hacerla.

Hay gracias *eficaces*, y son aquellas con las cuales, cooperando nosotros, se consigue el efecto para que nos fueron dadas.

Hay gracias *interiores*, y á este orden pertenecen todas las que os acabo de indicar; y hay gracias *exteriores*, que son los Sacramentos, la ley, la predicación, el buen ejemplo, la educación cristiana, una enfermedad ó una muerte repentina, que nos impresionan fuertemente, haciéndonos conocer la vanidad de las cosas terrenas y su insignificancia en comparación de las celestiales y eternas.

Hay gracias *personales*, que nos las otorga el Señor para obtener nuestra propia santificación; pero hay otras *comunes*, que llaman *gratis datas*, porque primariamente se ordenan á la utilidad de los demás, como por ejemplo, el don de anunciar bien la palabra de Dios.

Pues bien; todas estas diferentes gracias proceden de Dios nuestro Señor; y se atribuyen al Espíritu Santo, porque ellas son los efectos del amor divino para con nosotros, y sabido es que el Espíritu Santo es esencialmente amor purísimo, santísimo y divinísimo. Y ahora se comprenderá bien por qué dijo el Apóstol en la Epístola de este día: «*Hay diversidad de gracias, mas uno mismo es el Espíritu.*» (*Divisiones gratiarum sunt, idem autem Spiritus.*)

Pero añade San Pablo que en la Iglesia de Jesucristo *hay también muchas clases de ministerios.* (*Et divisiones ministratorum sunt.*) Y esto es evidente, porque en este cuerpo místico del Salvador, llamado Iglesia, unos fieles hacen oficio de ojo, otros de oído, éstos de manos, aquéllos de pies. En él unos son Obispos, otros Sacerdotes, otros Doctores, otros predicadores... *mas uno mismo es el Señor* (*Idem autem Dominus.*)

De igual manera—continúa el Apóstol—*hay repartimiento de operaciones; mas uno mismo es el Dios, que obra todas las cosas en todos.* Es decir, que en la Iglesia del Señor hay diversidad en el poder y virtud de obrar cosas grandes y maravillosas; pues unos fieles tienen gracia para enseñar la doctrina, otros para curar enfermos, otros para convertir los pecadores... *mas sólo Dios es el que da á todos este poder y virtud, y el que lo obra todo por medio de sus ministros.* (*Idem vero Deus, qui operatur omnia in omnibus.*)

Esto es, en resumen, lo que el gran Doctor de las gentes trata de inculcar á los fieles en la Epístola de la presente Dominica para que nadie se ensoberbezca; pero insistiendo siempre en que todas

las gracias dichas son obradas en los hombres *por un solo y único Espíritu, por el Espíritu Santo, que las reparte á cada uno según le place.* (*Dividens singulis prout vult.*)

Por consiguiente, no hay gracias, ni ministerios, ni operaciones que no vengan de Dios; toda gracia excelente y todo don perfecto vienen de lo alto, y descienden del Padre de las luces. Y así, todo cuanto somos, tenemos, podemos y valemos lo hemos recibido de Dios, y á Él se le debe la gloria y el honor, y ¡cosa admirable! su divina bondad sólo exige de nosotros que cooperemos á sus dones para nuestro bien, que no recibamos en vano sus gracias divinas, que no pongamos obstáculos á sus misericordias; en una palabra, que seamos agradecidos y que le paguemos amor por amor. No puede exigirnos menos, ni tampoco favorecernos más.

No olvidemos, pues, nunca que Dios es el Soberano y único autor de cuantos bienes hay en nosotros. Dios Padre nuestro, eterno y misericordioso, fuente de la santidad y de la omnipotencia, quien con su presencia íntima en nosotros, y con la virtud y eficacia que nos comunica, obra en nosotros, con nosotros y por nosotros todo cuanto bueno y sobrenatural realizamos en esta vida. No tiene, por tanto, el hombre de qué envanecerse ni de qué gloriarse, porque al practicar las virtudes obra impulsado por ajena fuerza, si bien voluntaria y libremente para que sean meritorias. Tampoco tiene por qué ensoberbecerse y considerarse más que otros, porque cada cual posee lo que Dios le da, y en su divina presencia no es más el que tiene más, ni menos el que tiene menos, sino que cada cual será valuado en la balanza divina por el bueno ó mal uso que haya hecho de los dones de Dios, grandes ó pequeños, que esto no hace al caso.

Por consecuencia, todos debemos estar contentos con lo que Dios, en su divina bondad y presciencia, se ha dignado darnos, esmerándonos en negociar con los talentos recibidos para promover su gloria, para el bien de la Iglesia y para nuestra eterna salud. Al que Dios le haya dado más, le obliga corresponder con más; al que menos, con menos; pero á todos, sumisos á Dios nuestro Señor, dador sapientísimo de todos los bienes, nos incumbe *rendirle continuas gracias, y alabarle y amarle y adorarle* con todas las fuerzas de nuestro corazón, y por todo el tiempo de nuestra vida, seguros de que en recompensa habremos de ser luego galardonados con premio eterno en el cielo. Amén.